

Semana uno

La porquería de vida aburrida que he vivido satura todos mis recuerdos. Despierto, viajo, trabajo, viajo, como, duermo. Solo hago tres cosas al día y no disfruto ninguna. No veo esperanza ni escapatoria del ciclo gris en el que estoy, y del que creí que podría escapar cuando era joven. Durante años, estuve esperando algún momento extraordinario del que sería protagonista, que me sacaría del espiral gris, que lo cambiaría todo. Pero nunca llegó.

A lo largo de los años, probé hacer varias cosas para no morir de aburrimiento, pero nada logré. Comencé muchos pasatiempos, pero nunca tuve tiempo ni energía para disfrutarlos. Intenté leer algún libro mientras viajaba, pero la basura de camino rural que uso a diario no me deja ni enfocar mis pensamientos. El bus lleva la misma gente aburrida que yo, caras largas, ropas de trabajo, manos agrietadas. Solo obreros rumbo a cumplir su deber, para que nuestro jefe, un hom-

bre-cerdo, pueda pagarse las asquerosidades que el muy bastardo lleva todas las semanas a su oficina.

No soy libre, soy esclavo de los cerdos y de mi propia debilidad. Anhele una libertad que no he visto en hombre alguno, y por la que, por alguna razón, siento temor.

Solo tengo una hora libre al día y la dedico a mirar a la jauría de perros salvajes que se adueñó de mi jardín. Procuro no hacerlo mientras como, porque el objeto de entretenición paso a ser yo, e intentan entrar rasgando las mediocres paredes que se mantienen de pie a pura voluntad.

Odio mi trabajo, odio a mi jefe, odio mi pueblo, odio mi vida. Pero me agradan los perros que vienen a molestarme casi a diario.

Mientras comía, escuché que los perros salvajes, que viven por los alrededores y que a veces se meten a mi jardín para descansar y jugar, hacían más ruido de lo habitual. Miré por la ventana y vi un perro que no había visto antes. Aunque estaba sucio, parecía que había estado limpio hace poco. Salí afuera a espantar a los perros matones, que, aunque parezca raro, me respetaban más que al cartero que ven a diario, y tomé en mis brazos al flaco perro que temblaba de miedo mientras los demás perros le gruñían.

Limpié un poco al asustado perro, buscando algún collar o indicio de anteriores dueños, pero no tenía nada. Sus costillas se estaban empezando a marcar y pareciera que no podía conseguir nada para comer. Le di mis sobras y aunque no pareció gustarle mucho, igualmente se lo comió todo. No cocino muy bien y lo acaricié por no ser un malagradecido. Estuve calmándolo unos minutos y lo saqué al patio, aprovechando que la

jauría de siempre se había ido. Lo estuve mirando un buen rato y creo que no podía cazar ni obtener comida por lo torpe que era. Le costaba incluso caminar, como si fuera un perro recién nacido, pero ya era un perro grande y largo.

Así pasaron varios días. Los perros no llegaron a mi casa durante un buen tiempo. El perro nuevo cada vez caminaba más firmemente e incluso podía jugar. Lo revisé un montón de veces por si había sido atropellado o si tenía algún defecto en las caderas, pero solo era torpe. De lo que sea que le había pasado, se estaba recuperando bastante rápido.

Al fin llegaron nuevamente los perros. Por precaución, siempre estuve atento a cualquier movimiento y pude estar presente cuando se encontraron con el perro nuevo. Estaba preparado para salir con un palo en mano por si se ponían violentos, pero grande fue mi sorpresa cuando en vez de atacarlo, lo olieron felizmente. Estuvieron buen rato oliéndose entre todos y al ver sus colas tan felices decidí soltar el palo e irme a dormir. ¿Su olor habría cambiado?

Otro día de esclavitud laboral terminó. De nuevo lo mismo. Nada nuevo. Algunos cerdos ca-

Solo una cosa me quedaba por hacer. Así que fui a buscar al perro grande esperando encontrarlo. Sí.

me la pasaba completamente aburrido, y creía que en cualquier momento me vendría a buscar la policía para encerrarme en una vida aún más aburrida que la anterior. Porque no me arrepentía de nada y me declararía culpable con orgullo humano.

Cuando se me acabó la comida, contemplé la vida un poco más. Libertad, que bella palabra pasó por mis pensamientos. Libertad fue algo que nunca tuve, nací esclavo y mi destino exigía que muriese como tal. Veía a los perros jugar, cazar y dormir, sin refugio, sin una comida asegurada al día siguiente, sin agua potable, afuera, en la adversidad y en lo salvaje, y vi libertad en ellos. La fuerza de la naturaleza los hacía libres, mientras las cadenas de la civilización consumían mi alma sin ninguna resistencia.

¿Qué podría envidiar un hombre industrializado como yo, a un montón de perros salvajes, que lo único que hacen todo el día es buscar comida y dormir? Todo. Envidiaba todo en ellos. Soñaba con ser tan libre como ellos y la envidia sana me obligaba a seguirlos. A diferencia mía, ellos nacieron libres, para morir también, libres.

minan silenciosos, otros chillan, otros me piden que realice tareas que no me corresponden.

Después de que aceptaran a su nuevo miembro, veía a los perros más seguido. Eran muy juguetones y el nuevo se adaptó fácilmente. Me alegré bastante por él. Esa jauría de perros salvajes era más amigable que mis compañeros de trabajo. Y el bosque y la intemperie que se veía desde mi ventana, parecía más amable que la empresa en la que trabajaba seis días a la semana.

Mientras miraba como jugaban, me fui dando cuenta de algunas cosas. El perro nuevo no era ni tan torpe ni tan nuevo, pero algunos de sus movimientos eran muy extraños. Lo veía intentar tomar distintas cosas sin éxito, y creo que intentaba mover uno de sus dedos porque pasaba grandes periodos de tiempo, mirándolos y lamiéndolos, solo para rendirse e ir a jugar o dormir con los demás.

Solo por aburrimiento empecé a hablarle. A ratos parecía escucharme, a ratos ignorarme, pero un día le pregunté “¿De dónde vienes?”, y me miró atento, luego miró, apuntando con la nariz, al este, luego se tiró al suelo a descansar. Sentí que me estaba respondiendo, porque ningún otro pe-

rro hizo lo mismo, y me dejó pensativo un par de minutos antes de sentir sueño e irme a dormir, porque llego tan tarde a mi casa que no tengo tiempo para nada.

Esa noche soñé que podía hablar con los perros.

Cuando llegué del trabajo al día siguiente, lo primero que hice fue escribir cada letra del alfabeto en hojas de cuaderno y ponerlas en la tierra sujetándolas con piedrecillas. Los perros me miraban de reojo, mientras descansaban con los últimos rayos de sol que iban llegando. Llamé al perro nuevo y lo hice mirar las letras, las miraba y puedo jurar que las podía leer y entender. Le dije “Dime algo” y le acaricié las costillas hasta que su cola daba vueltas y daba pequeños saltitos con sus patas traseras.

Puso una pata en la “Y” y me miró. Salté de alegría, porque estaba seguro de que el perro me había entendido. Lo abracé y le di buenas palmadas que parecieron gustarle, luego puso la pata en la “O”, se escuchó el aleteo de un ave y todos los perros se fueron corriendo a esa dirección para no volver durante todo el día.

Al principio, me sentí decepcionado al no

Semana ocho

No sé por qué, pero nada pasó. Ningún policía me buscó, a pesar de que todos sabían que la última persona que vio al ahora cadáver fui yo. Nunca tuve miedo a ningún tipo de consecuencia. Quizás una vida monótona en la cárcel sería mejor que mi actual vida.

Varios días pasaron y dejé de ir a trabajar. Me la pasaba mirando a los perros que a veces se ponían juguetones y me dejaban unirme a ellos. Aunque casi ya no tenía comida en la dispensa, la vida era mejor que hace un par de semanas. Ahora podía salir de mi casa en la semana sin tener que llegar a dormir temprano. Varias veces salí a acompañar a los perros a cazar conejos y aves, aunque no les era de mucha ayuda, ni tampoco compartían. A veces salía a caminar por ahí, de día, de noche, no me importaba, porque incluso con un hambre punzante en mi estómago, me sentía más libre que nunca.

Fuera de mi vida con los perros salvajes,

cuando alguien ajeno a la empresa sintió el hedor y fue a investigar, encontrándose la oficina en desastre.

Nadie lo buscó ni extrañó. Nadie respetaba ni quería al hombre-cerdo, y, al escuchar las risi-llas, parecía que todos se habían alegrado. Durante ese día, sentí un montón de palmadas en la espalda, pero al darme vuelta nunca encontré a quién o quiénes me las daban.

Los pagos los hacía una empresa externa y eso hizo preguntarme cuál era el trabajo real del cerdo al que maté, quizás no tenía ninguno, porque la empresa siguió funcionando sin ningún problema hasta que llegaron los policías a investigar e interrumpir algunas áreas de faena.

Al final, rompí mi propia promesa y maté al cerdo que creía ser dueño de la libertad de los demás.

poder seguir jugando (o hablando) con el perro nuevo, pero sentí escalofríos en todo el cuerpo cuando me di cuenta que deletreó “Yo”. Quizás sí podía entenderme y quería hablar conmigo, o quizás los efectos de dormir poco me estaban volviendo loco. Ese día me fui a dormir contento. Tenía algo interesante que hacer que no fuera trabajar o dormir.

Los perros no aparecieron durante varios días y luego de jugar un rato con ellos cuando volvieron, le pedí al perro nuevo que me dijera algo nuevamente. Este perro sí era inteligente y, por alguna razón, conocía la lengua humana, volvió a deletrear “Yo” y lo siguió una “A” y una “N”, antes de cansarse y echarse para no volver a pararse a pesar de mis insistencias. Pensé quizás debería sobornarlo con alguna comida, pero frente a tantos perros eso era peligroso, así que ideé otros planes.

No quiero entrar en detalles sobre todo lo que me costó hacer que el perro nuevo me hablara, mientras los demás lo miraban, jugaban y desordenaban las letras que tanto tiempo me había demorado en colocar. No quiero recordar tantos fracasos, para eso relato mi propia vida. Al fin, después de una semana de increíblemente frustrante trabajo, el perro nuevo terminó de hablar-me, para nunca volver a hacerlo. El perro nuevo me dijo:

“Yo antes tú.

Yo ahora yo.

Perro grande sí”.

Así llegó el fin de mes y las miserables pagas llegaron también a los demás obreros. Mis horas extras no estaban en el documento. Ya había pasado una semana y, enojado, crucé por varias secciones del matadero para intentar escuchar alguna señal de que el hombre-cerdo seguía en su oficina para entrar e insultarlo. No había visto al cerdo desde que le tiré el último armario encima. Cuando pasé delante de la puerta sentí el horrible olor de la carne podrida. Me alejé de esa sección y volví a donde siempre he trabajado.

Un par de días después, cuando aún estaba registrándome en la entrada de la empresa, vi varios policías y una camioneta de servicios médicos. Ese día puse especial atención a los murmullos de mi alrededor. Los policías habían encontrado el cadáver del hombre-cerdo en su oficina, al parecer, había muerto después de la merecida golpiza que le dí. Todos sabían que había sido yo, pero nadie habló. Solo se ocuparon del cuerpo

combatirlo.

Volví al día siguiente al trabajo y nadie me dirigió su mirada, ni nadie dijo nada sobre el escándalo que hice el día anterior. Todo siguió como siempre.

Semana cuatro

Hace dos semanas llevaba una vida aburrida de obrero mal pagado sin esperanza alguna. ¿Y hoy? Hoy puedo decir que hablé con un perro.

A pesar de que no entendí el mensaje en la primera lectura, tuve mucho tiempo para analizarlo, porque tiempo con mis pensamientos es lo que más tengo. No puedo decir que estuve haciendo algo dentro de un razonamiento prudente, porque al hablar el perro, me rendí intentando explicar las cosas con lógica y sentido común.

Entendí cuál era el problema del perro nuevo, no era torpe, si no que estaba aprendiendo a ser perro. Si entendía mi lengua, eso significaba que alguna vez fue humano, pero ¿Cómo es eso posible? Bueno, le pregunté varias veces, pero parecía que ya no me entendía o solo disfrutaba más siendo perro. Creo que lo que le quedaba de humanidad había desaparecido, eso tiene sentido si comparamos el tamaño del cerebro humano con el de un perro. Creo también, que, cuando llegó

perdido a mi casa, aún era más humano que perro.

Así explicaba las dos primeras frases. “Yo antes tú”, significaba que antes era como yo, humano. “Yo ahora yo”, significaba que se había convertido en un perro. Pero la tercera y última no lo logré comprenderla. Hablaba de un “Perro grande”, pero no podía identificar si se refería a sí mismo, a mí, a su antiguo yo u otra persona. Estuve varios días con esta duda, intentando encontrar alguna forma lógica de cómo alguien habría cambiado de forma animal, pero nada acerca del “Perro grande” me ayudó. Más tarde, recordé que la primera pregunta que le hice, fue de dónde venía, y me había respondido mirando, o apuntando su nariz, hacia el este. Las calles son bastante enredadas en este pueblo horrible, así que, consultando un mapa, tracé una línea con todo lo que había hacia el este, por suerte no era tan complejo, pero sí muy largo. Lamentablemente, tenía que esperar hasta el domingo, que era mi único día libre y que generalmente lo pasaba mirando el techo, descansando en agonía.

Hice este plan el lunes en la tarde, estuve toda la semana ansioso y casi no podía controlar

callara. Casi desmayado, suplicó de nuevo, pero cuando intenté, metafóricamente, tocar sus bolsillos, solo sentí el vergonzoso silencio de un ladrón y explotador. La furia simiesca me dio fuerzas para seguir golpeando al cerdo que, chillando, lloraba que me detuviera. Y como los chimpancés que vi cuando niño en el zoológico, le lancé todo lo que mis brazos pudieron levantar. El tacaño cerdo quedó enterrado debajo de mesas, sillas, un montón de libros explicando sus engaños y varios otros muebles.

Furioso, me alejé de allí. Era imposible que nadie escuchara aquel escándalo, porque al salir de la hedionda oficina sentí que todos miraban quietos a mi dirección, pero al levantar la mirada, pude ver de reojo que todos volvían a sus tareas, ignorándome por completo. Me fui a mi casa y me duché por más de una hora.

Me dije a mí mismo que nunca mataría a un animal, no por algo moral ni político, simplemente porque me lo dije a mí mismo cuando era un niño y siempre cumplo mis promesas. Comerse al débil es la norma en el mundo animal, y yo tampoco soy ajeno a esa realidad, pero algo dentro de mí lo impedía y tampoco estaba dispuesto a

gre siempre tibia comenzó a hervir de rabia y devolví todos los insultos que el bastardo merecía. Al principio se sorprendió, pero como cerdo que era, no tenía un buen temperamento, y su cabeza ya calva empezó a echar humos mientras su rostro pasaba de ser un rosado-porcino a un rojo-faenado. De los insultos pasó a las manos, empujándome y manchando mi ropa con el cebo de cerdo que expelían sus manos, y yo ya furioso, pasé también.

Fue una pelea bastante torpe, a pesar de que yo estaba poseído por una furia simiesca ajena a la ley y el orden. Estuve correteándolo por toda la oficina, mientras lo golpeaba en la calva, fallando la mayoría de mis golpes. Al darme la espalda, comencé a patearle sus inexistentes nalgas porcinas, lo que hizo que el hombre-cerdo renunciara a su poca humanidad y comenzara a caminar a cuatro patas como siempre debió hacerlo. Después de ver la gotera de sangre que iba dejando desde su cabeza, comenzó a suplicar que me detuviera, que “haría cualquier cosa” pero cuando le exigí que me pagara lo que me debía, comenzó a gruñir tan alto que lastimó mis oídos, lo que me obligó a patearle el rostro varias veces para que se

mi ira cuando el sábado en la mañana me avisaron que el domingo debería trabajar media jornada con la promesa, siempre al aire, de que la paga sería el doble por hora. Cuando dije que no podía y que tenía planes, el hombre-cerdo, en su cochino corral al que llama oficina, me amenazó con absoluta calma de que si no obedecía sus demandas, debería empezar a buscar otro trabajo, ya que “Hay miles de personas buscando reemplazarme” y que si no me “Ponía la camiseta por la empresa” no debería seguir trabajando allí. No puedo describir el odio que sentía hacía ese asqueroso cerdo que creía trabajar más duro que yo, cuando lo único que ha hecho en su pueril vida fue nacer hijo del anterior dueño. Cerdo asqueroso, con su camisa de lujo, llena de cebo y hedionda a sudor y plasta.

Si tuviera otra opción de trabajo en esta porquería de pueblo ya me habría ido de este asqueroso matadero, pero este pueblo conformista no se atreve a ver un negocio que no sea una empresa gigante que lo controle todo, porque “Así es hace años” y otra cosa “Traería inestabilidad”. La gentuza que me rodea es igual a los cerdos que muevo todo el día, y, lo peor de todo, es que yo soy

uno de ellos. Creo ser más libre solo por saberlo, pero sigo haciendo lo mismo un día tras otro, sin cuestionarme mi propia debilidad, ni hacer algo por cambiarla, temeroso de cualquier cambio que esté fuera de mi corta visión de las cosas.

Ese domingo odié todo un poquito más. Luego me enteré de que tuve que cubrir esas horas porque habían renunciado tres personas. “Visionarios” pensé para mí mismo. “Son más libres ahora” me dije, sin pensar siquiera cuáles fueron las razones de sus renunciadas. Pero me alegré sinceramente por ellos.

por tan valiente acción.

Estuve un par de días haciéndome el tonto. Los malhumorados compañeros que tenía ahora no habían dicho nada porque en vez de dedicarme a matar cerdos, hacía cualquier otra cosa necesaria para los demás.

Pero eso no duraría tanto tiempo, y el gordo hediondo a cerdo que se decía a sí mismo humano, me vio “vagabundeando”, según él. Pero mi trabajo era igual de importante que el de los demás. Cosa que no entendió, porque la lógica no lograba pasar por su cerebro de cerdo más allá de la obediencia tradicional y el “porque yo lo digo”. Luego de humillarme delante de todos los demás obreros, me obligó a seguirlo a su grasosa oficina.

Hablaba y hablaba y no se callaba nunca. Empecé a soñar despierto con los perros que vagabundeaban en mi casa y la envidia tiñó un poquito mi pensar. Pero el hombre-cerdo chispeó sus grasosos dedos en mi rostro como si el animal fuera yo. Requería mi atención y la encontró. No voy a entrar en hondo en la clase de insultos que dirigió hacia mí, mucho menos lo que no tenían que ver con el trabajo y solo eran burlas a mi persona y mi apariencia física, antípoda de la suya. Mi san-

A pesar de que los cerdos no son de mis animales favoritos, no quiere decir que no me gusten. Me agradan todos los tipos de animales, los grandes, los pequeños, los pasivos, los agresivos, los que solo comen pasto, los que comen otros animales, todos, excepto uno. Desde que entré a trabajar en el matadero, paulatinamente comencé a comer menos carne, y ahora casi podría considerarme vegetariano, aunque no lo hago, porque aunque no tenga tanto dinero como para comprar, no me niego una buena carne de vez en cuando. Eso sí, jamás he matado a un animal, ni tampoco tenía pensado hacerlo, porque mi trabajo solo era llevar a los animales hacia su muerte, pero es algo muy distinto tener que llevar el gran cuchillo a su cuello y escuchar sus últimos lamentos. No estaba dispuesto a hacer eso, pero, aún así, el canalla al que todos llamaban “jefe” me obligó a ir a esa sección por falta de personal. Más personas estaban renunciando a este basurero y no podía culparlos

Al fin tuve un domingo libre. Empecé mi recorrido en la mañana, porque serían varias horas caminando en calles sin pavimentar y en la noche no se ve nada, porque en este basural no compran luminarias públicas.

Fue una búsqueda difícil, pues llegué al final del recorrido cercano al atardecer, pero logré hallar la casa del perro nuevo. La casa parecía abandonada y estaba casi fuera de los límites comunales. Aún quedaban un par de horas de luz así que decidí revisarla ese mismo día. Antes de entrar, miré bien disimuladamente por si había alguien dentro. No había nadie. Miré por las afueras y ya no tenía rejas o verjas que delimitaran la propiedad, quizás causada por la misma razón que mis verjas rotas: los perros. Entré a la casa y no encontré nada interesante, un poco de comida podrida en la mesa, y todo lo demás abandonado y lleno de polvo. Parecía como si la persona que vivía allí se esfumó sin aviso ni preparación. Si ésta

era la casa del perro nuevo cuando era humano, entonces eso tendría sentido. Pero también me sentí preocupado al saber que su cambio de forma había sido tan repentino, porque aunque no encontré signos de violencia, eso podría significar que el cambio había sido involuntario. Me relajé un poco al recordar su nueva y tranquila vida. Dentro de la casa no encontré ninguna pista que me llevara a una acción mágica o sobrenatural.

Mientras dejaba la casa bastante desanimado por no responder mis preguntas, un ruido me detuvo. Era el sonido de cadenas chocando contra madera. Me volví y fui detrás de la casa, se me había olvidado revisar una especie de bodega que había en la parte trasera de la propiedad. Fui a abrirla, pero cuando tenía mis brazos estirados para abrir la entrada de doble puerta, la bodega entera se movió. Me asusté y di un paso atrás, tropezándome con mis propios pies. No había viento, ni nada externo que pudiera moverlo, entonces entendí que algo adentro la movió. Asustado porque podrían acusarme de robo o algo ilegal, llamé. Me respondió un suave gemido canino y mis temores se tranquilizaron y abrí la puerta con confianza.

dría que trabajar, así que, sin saber ya qué hacer, me devolví a la triste casa que llamaba hogar.

Al día siguiente, el lunes, después del trabajo, me bajé en la última parada del bus para ir a ver si todavía estaba allí el gran canino cuya existencia me distrajo todo el día. Fui más preparado porque ya estaba anocheciendo, y con linterna en mano, busqué en la casa en ruinas. Pero no estaba en la bodega, busqué dentro de la casa y por los alrededores, pero no vi nada ni sentí ningún tipo de dolor de cabeza como el que sentí aquel día. Eso solo podía significar que ya no estaba allí, y que quizás encontró un lugar más cómodo para pasar la noche.

El martes volví a intentarlo, pero aún no volvía. Con tres días seguidos durmiendo menos de cuatro horas, empecé a recibir quejas del asqueroso hombre-cerdo que cree ser dueño de mi tiempo y libertad. Resolví que tenía que dejar de buscar al enorme canino para evitar más problemas. Extrañado después de todo aquel suceso, seguí con mi triste vida.

pes y juguetones, no daban ninguna respuesta.

Jugamos un rato con los últimos rayos del sol, y mientras me paraba limpiándome el rostro de una de sus lamidas, entró nuevamente a la vieja bodega, se dio un par de vueltas y se acostó en una posición más ridícula que incómoda. Lo miré, me miró, intenté entender por qué se había metido en donde mismo había estado atrapado hace unos minutos, pero me rendí y decidí irme a mi casa, pues la siguiente mañana tendría que levantarme temprano. Ya era de noche y quién soy yo para juzgar a semejante animal, pues yo mismo viajé a diario a las trampas de la sociedad.

Mientras cruzaba algunos restos de verjas, volví la mirada a la bodega, una de las puertas se estaba abriendo como por acción del viento, y dentro ya no había nada. Extrañado, corrí de vuelta y, la verdad, no logré entenderlo en ese momento ni ahora, pero ahí estaba nuevamente mi gigante amigo. Puedo explicarlo como una ilusión visual que me impedía verlo desde cierta distancia, pero dejé de intentarlo cuando me llegó un dolor de cabeza bastante molesto, así que no alcancé a comprender muy bien el fenómeno visual que rodeaba al gigante. Ya era de noche y mañana ten-

Me cuesta describir con palabras lo ahogado que me sentí, que intenté sin éxito gritar de miedo y sorpresa, cuando vi a un perro sentado en sus patas traseras, en una posición tan incómoda, enredado en palos y cadenas, que me miraba sumisamente desde su altura de casi tres metros.

¡Casi me desmayé! Intenté huir, pero las piernas me temblaban y tropecé varias veces mientras mi corazón intentaba rendirse. En el suelo, intentando gatear por culpa de mi vergonzoso estado físico, miré hacia atrás. Y lo que era miedo se convirtió en dudas, y las dudas se convirtieron en lástima. Sentado en el suelo miraba yo a aquel canino gigante, atrapado en una bodega de menos de dos metros de ancho. Me miraba con tristeza, quizás de su propia torpeza, con una mirada tan tierna, pidiendo ayuda en un lenguaje natural tan claro que no pude ignorar.

Me levanté con la fuerza de un niño enfermo, y caminé como esgrimista tan ridículamente, que el canino antinaturalmente grande frente a mí, hizo un gesto de dudas con su cabeza, sin entender quizás, mi estúpida y lenta forma de caminar. Me acerqué, quizás muy cobardemente, a la criatura, mientras me miraba con atención. Cami-

né casi tres metros con la mano levantada para no mostrar agresión, pero el canino rostro que me observaba solo reflejaba extrañeza a mi actuar, sin entender mi miedo hacia aquel. Al momento de mi mano tocar su suave pelaje, el muy insensible ladró acercando su rostro al mío, lo que me hizo caer hacía atrás y dar por lo menos unas cuatro vueltas en el suelo, quedando completamente sucio y lleno de barro. Miré atónito al canino solo para ver su boca abierta, jadeando con su larga lengua, mientras me miraba moviendo rítmicamente la cabeza. Sí, sé reconocer una risa burlesca, las he visto muchas veces, pero ¿Cómo podría enojarme yo con un perro travieso? La travesura del gran canino hizo darme cuenta de que era inofensivo, y con más confianza y soltura, me acerqué a la bodega.

Tardé varios minutos en desenredar al torpe gigante que tenía ante mí. Y cuando lo logré, salió disparado a saltar al patio de aquel que alguna vez fue humano. La tierra tembló un poco a sus saltos, pero no lo suficiente para hacerme tambalear, ya no quería volver a tocar el suelo por el día.

Luego de verlo jugar un rato y dar vueltas de felicidad, me miró y se acercó a mí. Un tanto

receloso porque mi cabeza caía entera dentro de su boca, intenté alejarme suavemente, pero se apuró en darme una lamida, botarme y dejarme aún más sucio de lo que ya estaba. Mientras lo liberaba me olfateaba suavemente, pero ya libre, metía su nariz donde no debía y con su gran tamaño no podía ofrecer ninguna resistencia, me había convertido en un muñeco de trapo lleno de tierra. Solo eran juegos, que por cierto seguí, e intenté empujarlo con todas mis fuerzas, sin lograr moverlo ni un solo centímetro. Se paró un momento y pude apreciarlo mejor, media unos dos metros y medio y todo en el animal era extraño. Su cabeza y cuello no eran para nada gruesos para su increíble tamaño. El centro de su espalda era oscuro, pero el resto del pelaje era irregular, con varios tonos cafés y algunas manchas blancas y negras en las patas. Sus rasgos faciales eran aún muy extraños, tenía orejas anchas como de lobo, como los había visto algunas veces en libros, los ojos delicados y hermosos de un zorro, un hocico ancho y la lengua grande y torpe de un perro asilvestrado. No sabía que era. Si lo miraba con los ojos entrecerrados, se igualaba a cualquier canino que quisiera, y sus movimientos, a veces serios, a veces tor-